

Filipenses 1:3-11

“Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros. Siempre en todas mis oraciones ruego con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio desde el primer día hasta ahora, estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. Y es justo que yo sienta esto de todos vosotros, porque os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia. Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo. Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.” (Philippians 1:3–11, RVR95)

Nuestro texto es un gran recordatorio de lo que es la bendición de la comunión que compartimos como creyentes en el Señor Jesucristo. En esta oración con que Pablo expresa sus deseos más fervientes para sus hermanos cristianos en Filipos, podemos ver el aprecio que tiene por, y el valor que Pablo pone en esa comunión que resulta cuando las personas se convierten a la fe en el Señor Jesucristo. Veremos esta mañana, a través de esta oración de Pablo por los filipenses, la bendición de la comunión en Cristo.

En primer lugar, vivimos nuestra preciosa comunión en el evangelio orando y dando gracias a Dios por los hermanos. Eso es lo que hace Pablo para expresar la comunión, o compañerismo que existe entre él y los cristianos de la congregación de Filipos. Dice: “Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros”. Esto es similar a lo que Pablo dice al principio de muchas de sus cartas. Parece que cada día, en sus oraciones, pensaba no sólo en sus necesidades y su propio beneficio, sino también en las necesidades de los miembros de las congregaciones cristianas que él había fundado. Pablo no fue un cristiano solitario, que podía estar contento con su propio crecimiento espiritual, y que podía olvidar de los demás y sus peligros y su necesidad de fortalecimiento y crecimiento espiritual.

Dice Pablo que está “siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros”. No sólo piensa en la ayuda divina que necesitan los filipenses, y en las deficiencias que todavía haya en su vida espiritual, va a la fuente de donde procede toda buena dádiva, el Padre celestial para pedir en el nombre de su

Hijo que Dios supla todas sus necesidades. Y toma tiempo cada día para hacer eso, no lo ve como una carga onerosa que le quita tiempo de otros trabajos más importantes. Lo hace con gozo, y aunque sabe que la iglesia externa se puede comparar con los peces buenos y malos que igualmente caen en la red, Pablo no intenta juzgar los corazones, decidir en cuáles miembros de la congregación haya verdadera fe. Da las gracias por todos los miembros, los fuertes y los débiles, los activos y los que necesitan ser animados a participar más en los cultos de la iglesia.

Hay una fuerte razón por la que expresa esa actitud de gratitud por los hermanos cristianos. Es Dios mismo que ha creado esa comunión en el evangelio. Los cristianos allí no han llegado a formar parte de la iglesia por sí solos, por su mérito o decisión. Más bien, ha sido por gracia, por el favor inmerecido de Dios. Pablo escribe a los filipenses: “Todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia”. Por naturaleza y por sus obras de pecado, tanto Pablo como los filipenses habían sido perdidos y condenados. Pero de pura gracia Dios les ha comunicado el perdón de los pecados en el evangelio, les ha obrado la fe en sus corazones por medio del Espíritu Santo, y así les ha creado la bendita comunión o compañerismo que gozan. El que está consciente de su propio pecado, y confía en Cristo como el que lo ha salvado y redimido de todo pecado y de la muerte, no puede hacer otra cosa que magnificar la gracia de Dios que ha alcanzado también a otros pecadores.

Pablo da gracias a Dios por su comunión en el evangelio “desde el primer día hasta ahora”. No sólo han creído en un tiempo. Los filipenses se han quedado fieles, unidos en la verdadera doctrina salvadora, confiando sólo en Cristo para su salvación. Esta perseverancia en la fe y en la comunión del evangelio es también obra de Dios. Así como es por la obra todopoderosa de Dios mediante su palabra y el bautismo que les dio la fe, son también guardados por el poder de Dios en la fe mediante la misma palabra y la Santa Cena que diariamente les asegura de nuevo el perdón de un Dios misericordioso.

Y han demostrado su comunión en el evangelio. Ellos también han orado por Pablo. Se han preocupado por los creyentes pobres en Jerusalén y han recogido una ofrenda para ayudarlos con sus necesidades físicas. Sobretudo, han dado ofrendas para ayudar con extender el evangelio en otras partes, mandando dinero varias veces a Pablo. Además, ahora que estaba en la cárcel en Roma, han mandado dinero a Pablo, y hasta a uno de sus miembros fieles y prominentes para servir las necesidades de Pablo en su encarcelamiento en Roma. Por todo eso, Pablo tiene que dar las gracias a Dios.

¿Cómo está nuestra actitud hacia los hermanos? ¿Pensamos en ellos? ¿Oramos por ellos con frecuencia? ¿Consideramos con gozo la obra de gracia que Dios ha hecho en los hermanos? Me temo que muchas veces hemos estado contentos con que todo parezca marchar bien para nosotros mismos; que nuestras mismas oraciones pueden ser categorizadas muchas veces más bien de egoístas, de ocuparse solamente por nosotros mismos y nuestras necesidades, dando escasa atención a los demás, a los miembros de nuestra congregación, y las necesidades y peligros de otras congregaciones que comparten con nosotros la misma fe y la misma esperanza.

¡Cuánto nos falta todavía del corazón de Cristo! ¡Cuán lejos estamos de compartir el punto de vista que Pablo expresa en esta porción de la Escritura! ¿No es esto una forma de tener en poco la gracia de Dios, de menospreciar el alcance del gran amor del corazón de Dios que no quiso salvarnos en aislamiento, sino formarnos en una gran compañía de creyentes que le glorificarán para siempre delante de su trono? ¡Cómo rogó Cristo por nosotros, y todos los creyentes, en su gran oración sacerdotal antes de ofrecerse por los pecados del mundo! ¡Qué el mismo Cristo, quién en amor a todos derramó su sangre en sacrificio por los pecados, nos consuele al darnos cuenta de nuestra falta de amor y sentido de comunión con los hermanos, nuestra falta de fervor en nuestras oraciones por los demás! Porque para estos pecados también murió Cristo, y éstos también son cubiertos por su preciosa sangre y perdonados. Y que Cristo así infunda en nosotros también genuino amor y cuidado por los demás, llevándonos a dar las gracias a Dios por la comunión que existe con los hermanos, y pidiendo que Dios fortalezca esos lazos, y conceda su fiel protección también a nuestros hermanos en Cristo.

II. La conciencia de su comunión con los demás cristianos hizo a Pablo consciente de la influencia de su conducta sobre los demás cristianos. Específicamente, Pablo tenía en cuenta el hecho de que su fortaleza o debilidad frente a su situación de prisionero por causa del evangelio o animaría o desanimaría a los demás cristianos en su vida diaria de testimonio. “Os tengo en el corazón, y en mis prisiones y en la defensa y confirmación del evangelio”.

Pablo, luego, no se preocupó por dar buen ejemplo de fe, paciencia y perseverancia en su situación difícil de encarcelamiento sólo porque la salvación de su propia alma puede estar en juego. Conoce su responsabilidad por animar por su ejemplo a los demás, y cuando tiene que presentar su caso delante del tribunal del emperador, espera defender y confirmar el evangelio no solamente porque negar a Cristo sería perder su propia salvación, sino porque eso causaría graves dudas y

posiblemente naufragio en su fe a los hermanos, “participantes con él de la gracia”.

¿Caracteriza este amor y cuidado por el impacto de nuestro ejemplo, el impacto de nuestras palabras y acción, sobre los demás cristianos nuestra actitud? ¿Hay este cuidado de no causar ofensa o tropiezo espiritual a los hermanos entre nosotros? No estamos solos. Qué dañino es a los que forman parte con nosotros en un solo cuerpo, si el que profesa ser cristiano deja salir de su boca palabras groseras e indecentes, si los que son templos del Espíritu Santo deshonran sus cuerpos con la borrachera o con pecados sexuales. No son solamente cosas que ponen a nosotros mismos en grave peligro, sino también son ofensas que pueden llevar por su mal ejemplo a otros hermanos a caer de la fe y dañar su conciencia.

Estar consciente de nuestra comunión en el evangelio, entonces, incluirá dar atención al ejemplo que damos en nuestra vida diaria. Tendremos presente el daño que nuestra mala conducta podría hacer a la vida espiritual de otros miembros de la congregación, de nuestros hijos, de nuestros alumnos en las clases bíblicas y de escuela dominical, y cuidaremos de no dar ninguna ofensa que haga que hermanos tropiecen también en su fe. En esto también tenemos que confesar que hemos fallado con frecuencia, que hemos sido indiferentes a los efectos de nuestras palabras y acciones sobre los que miran a nosotros como ejemplos de lo que es ser un cristiano. Pero llevemos también estas fallas y defectos al trono de la gracia, para ser lavados en la sangre de Cristo, imploremos que nos dé un corazón que siempre crezca en considerar los lazos fraternales de amor cristiano que debe formar toda nuestra conducta.

III. Pablo también vivió su comunión en el evangelio con los filipenses pensando siempre lo mejor de los hermanos.

Reconoce que hay peligros y debilidades. Están amenazados por el peligro de la falsa doctrina. Tiene que tratar con un disgusto o pleito entre dos mujeres que habían sido fieles colaboradores en el evangelio. Pero todo esto no le lleva a dudar de su fe, a juzgarlos como si no fueran al mismo tiempo cristianos genuinos. Toma en serio su profesión o confesión de fe y tiene la viva esperanza de que serán preservados en la fe a pesar de las debilidades en su conducta diaria.

Dice Pablo que está “persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”. Es el Señor que les ha llevado a la fe. Utilizando su ley para quebrantar su rebelión y confianza en sí mismos, aplicó a sus corazones el unguento refrescante del evangelio, declarándolos sin pecado, justos y aceptables delante de Dios por el sacrificio de la sangre de Jesucristo derramada para el

perdón de los pecados. Dios ha obrado en ellos, que estaban muertos en delitos y pecados, el milagro de la fe; les infundió confianza en su Redentor, de modo que a pesar de las debilidades de la carne que todavía se les adherían, con ojos de la fe Pablo ve a todos los miembros como los santos de Dios. Y si Dios mismo ha comenzado en ellos está buena obra, llevándolos a la fe en su Hijo y a la membresía en la congregación cristiana, Pablo no duda que el Señor también terminará la obra, que no la dejara hecha sólo a medias, que también por medio del evangelio preservará a los cristianos hasta el día de Jesucristo, o sea, hasta el día del juicio cuando tanto él como los hermanos formarán una gran compañía de los redimidos que entrarán en el gozo pleno de su comunión con Cristo, ya perfeccionados y sin defecto alguno.

Para Pablo, esta actitud es la expresión natural del amor cristiano que está en su corazón. “Porque Dios es mi testigo de cómo os amo a todos vosotros en el entrañable amor de Cristo”.

IV. El amor a los hermanos no solamente lleva a Pablo a considerarlos a los filipenses como hermanos cristianos genuinos, sino le hace esperar siempre lo mejor para ellos, desear aún más bendiciones para los hermanos. Esos pensamientos los expresa en las palabras de su oración: “Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en ciencia y en todo conocimiento, para que aprobéis lo mejor a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios”.

Donde hay fe genuina, habrá también amor. Pablo reconoce el amor cristiano que ya está en evidencia en su comunión en el evangelio, pero a la vez reconoce que en este mundo siempre hay lugar para el crecimiento en el amor. Y que se acompañe el amor con entendimiento, con el poder de discernir la manera más apropiada de practicar el amor. De esta forma sus vidas más y más abundarán en frutos de la fe, frutos de justicia, producidos por su relación con Cristo, y el resultado final será la gloria y la alabanza de Dios. Que sea esto también nuestro deseo por todos nuestros hermanos, y un tema en nuestras oraciones diarias unos por los otros. Amén.